

# La luz del MUNDO MEJOR es la ascética de la UNIDAD

Las palabras «MUNDO MEJOR» empiezan ya a sonar y resonar en los oídos como algo familiar y entrañable. El lema no admite discusión ni tampoco contradicción. Es tan general el ansia de mejora en todos los aspectos de la vida, mientras por otra parte es tan patente la acuciante necesidad de mejorar un mundo desquiciado en el que la fraternidad y el amor parecen haber huído de la vida social para refugiarse en los escasos corazones que todavía palpitan al compás de ideales nobles, que nadie sería capaz de formular oposición o crítica.

Pero he ahí, que en toda renovación trascendente es preciso no solamente la adhesión a unas premisas sino, además, un ánimo dispuesto a renunciar a todo aquello que lleve en sí un obstáculo en la efectivación de tales premisas. Maravillosas son las normas de esta campaña que cual Cruzada moderna de amor, fraternidad y renovación, va impregnando los diversos campos de apostolado en una labor callada pero eficiente pues consiste nada menos que en inyectar en los cimientos, nuevos impulsos de santa savia vivificadora, mas ello sería mera palabrería y vulgar entusiasmo sentimental si no le subsigue un espíritu consciente de la primacía de esta labor, y capaz de hacerla nervio, eje y centro de toda actuación, de tal manera que al tener todos los entusiasmos, trabajos y actuaciones un objetivo capital común, se-

pan quemar, en aras de su necesaria efectividad, todo particularismo, o inconsciente, o insensato, cuando de operarios apostólicos se trata.

Con lo supradicho hemos llegado al meollo de la cuestión, pues aunque absurda y fatal, la cuestión existe. Un clamor general de lamentaciones evidencia la tremenda responsabilidad en que se incurre a diario al traicionar el principio inconcuso, admitido hasta por el más elemental sentido común, de que «la unión hace la fuerza». Esto lo saben hasta los chicos de la escuela, pero estorba a las personas mayores cuando se lanzan a trabajar con las mejores ansias apostólicas, por el bien común, entendiéndolo por bien común el interés de la parcela propia con centro en la casa propia.

Pecado tremendo el germen de la discordia, puesto que retrasa el advenimiento del reinado de Cristo. Pecado tremendo cuando ello tiene lugar en el fragor del combate y cuando todas las fuerzas son pocas para contrarrestar la cohesión de las fuerzas del mal. Pecado tremendo y tremenda responsabilidad.

La clarividencia del Padre Lombardi, el apóstol director de la Cruzada «POR UN MUNDO MEJOR», lo ha dicho últimamente:

«El secreto que nos puede conducir a la reconstrucción del mundo para Jesús, es una luz que puede aplicarse tanto en los seminarios como en la

vida religiosa masculina y femenina, en las instituciones seculares, en las organizaciones católicas de seglares y también entre los seglares católicos que no están en una u otra organización. ESTA LUZ ES LA ASCETICA DE LA UNIDAD. Poner en el centro de las exigencias ascéticas católicas la urgencia de llegar a la unidad entre nosotros».

Por tanto:

«Hay que conseguir, por encima de todo, la unidad de corazones. Esto el hombre no lo sabía, pero la verdad es que debe poner entre sus actos de virtud un esfuerzo continuo de unidad con los otros».

Y finalmente:

«Si se llegase a esta unidad de todas las fuerzas que hoy tiene el catolicismo, fuerzas sin número y generosísimas, se haría el frente más fuerte del mundo. Y esto es lo que quiere hacer el Mundo Mejor: la unidad de corazones. Creo que esta es la fórmula que puede cambiar la Historia. Fórmula a la que todas las virtudes le son indispensables, ya que no se trata ahora de pensar que lo que ha sido virtud ha dejado de serlo, sino que sobre todas ellas hay que orientar el sentido de la unidad. Ahora bien, el secreto para llegar a la unidad eficaz, es exigir que los que deben discutir los problemas, entren en la discusión con despego de sí mismos».

Huelga todo comentario.

Francisco de A.